

WARHAMMER
40,000

SPACE MARINE BATTLES™

LA
LEGIÓN
DE LOS
CONDENADOS

ROB SANDERS



timunmas



LA LEGIÓN DE LOS CONDENADOS

ROB SANDERS

timunmas

Título original: *Legion of the Damned*

Traducción: Traducciones imposibles

Ilustración de cubierta: Jon Sullivan

Mapas: Rob Sanders y Adrian Wood

Ilustración *The Ancient Traveller (El antiguo viajero)*: Rhys Phug

Legion of the Damned, La Legión de los Condenados, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2012 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2012

© De la traducción Games Workshop Limited. 2012. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0402-9

Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters

Depósito legal: B. 13.554-2016

Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



CAPÍTULO UNO

La Oscuridad

—¿Cómo va el Festín, hermano? —gritó el apotecario Ezrachi a través del oratorium táctico de la fragata *Scarifica*. El capitán-corpus Shiloh Gideon permanecía de pie en una tribuna adornada con tablillas cubiertas de runas y rollos de pergamino. A medida que Ezrachi se acercaba, el pequeño círculo de sirvientes unidos que rodeaba la tribuna se dispersó. La pierna derecha del apotecario era un recambio totalmente biónico y era casi tan antiguo como el propio Ezrachi. Aunque era sólido y fuerte, gemía con insistencia hidráulica y se retrasaba un milisegundo en comparación con su equivalente de carne y hueso, lo que daba una ligera sensación de que cojeaba.

—El Festín de Espadas va fatal —se lamentó el capitán-corpus—. Al menos para los Excoriators.

—¿Cuántos? —preguntó el apotecario mientras se acercaba.

—Demasiados —soltó Gideon, que se pasó la palma de la mano por encima del cuero cabelludo tonsurado. Se agarró el pelo que crecía como una corona de plata alrededor de su cráneo, notoriamente frustrado—. Esta mañana hemos perdido a tres más frente a nuestros parientes del capítulo Sucesor en combates de honor. A Occam, Basrael y Jabez. Occam luchó bien, pero no lo suficientemente bien. Pensé que Jabez estaba muerto. No creo que nada vaya a detener a ese Crimson Fist. Puede que ya hayan ganado el Festín.

—El hermano Jabez vivirá —le aseguró Ezrachi—. Ya verás.

Gideon no pareció oír las palabras del viejo apotecario.

—La vergüenza llama a la vergüenza —exclamó el capitán-corporus—. Nuestro fracaso en el Festín está vinculado a la pérdida del sagrado estandarte de nuestro capítulo. Así puedo sentirlo.

—Tienes la cabeza llena de los sermones del santiarca Balshazar. Respeto al primarca, pero Dorn vive en nuestra sangre y en nuestras entrañas, no en artefactos polvorientos —insistió Ezrachi—. La pérdida de nuestro estandarte es un golpe duro, pero, en realidad, no era más que una bandera salpicada de sangre.

—Rogal Dorn en persona se lo confió a sus hijos, a nuestros hermanos Excoriators, hace ya casi diez mil años —explicó el capitán-corporus—. Pone de manifiesto el decreto de la Segunda Fundación y está confeccionado con los honores de todas las batallas libradas a lo largo de nuestra extensa y sangrienta historia. Lleva las enseñas de los Astartes Praeses, y de nuestro servicio como defensores contra el Ocularis Terribus. Porta el Stigmartyr, el emblema que el capítulo adoptó como suyo propio. —Gideon se giró para mostrar su hombrera marfileña, adornada con el símbolo escarlata al que había hecho referencia, un puño acorazado agarrando con fuerza una cicatriz con la forma de un relámpago—: Para aquellos de los que hablas es mucho más que un simple trapo manchado de sangre, y, te lo advierto, no pasaré por alto tu irreverencia, apotecario.

—No pretendía ofenderte, capitán-corporus —respondió Ezrachi sin andarse con rodeos, dando unas palmadas contra la estructura de adamantium de su muslo—. Como bien sabes, hay más que una pizca de mi propia sangre en ese estandarte.

—Nuestros hermanos luchan por un honor quebrantado —continuó el capitán-corporus—. Estamos malditos. La fortaleza eterna del Emperador, una vez ausente en el hermano que entregó la enseña, ahora es inexistente en todos nosotros. Es nuestro castigo colectivo.

—Y ¿no es ese nuestro camino? —planteó Ezrachi—. ¿Es que no somos los Excoriators, entre todos los hijos de Dorn, los que más profundamente sentimos la pérdida del Emperador? ¿Es que no somos los Excoriators los únicos que conocemos el verdadero pesar de nuestro primarca, la agonía de su redención y la fría ira de su renacimiento? ¿Acaso no purgamos su debilidad, y la nuestra, esa que corroe esta carne común, mediante los Ritos de Castigo y la Puesta del Manto de Dorn?

—Esto va más allá del pecado que heredamos —dijo Gideon desconsolado—. La pérdida de nuestra respetada Primera Compañía. El asesinato frustrado de nuestro señor del capítulo. El fracaso y la casi aniquilación de la Quinta, y ahora esto: cien años de humillación ininterrumpida, justo bajo las narices de desaprobación de nuestros parientes legionarios. Todo esto como penitencia espiritual por haber perdido el obsequio de Dorn: la mismísima encarnación de nuestro honor de Adeptus Astartes.

—Hemos perdido un gran símbolo —admitió Ezrachi—, pero no lo que simboliza el estandarte. Eso sigue vivo y a salvo en los corazones de todos los Excoriators que empuñan su acero en nombre del Emperador. Al igual que lo hacen aquí, hermano, en el Festín de Espadas.

—Unas espadas alzadas con incredulidad y envainadas por la decepción —lamentó el capitán-corporus con gravedad.

—¿Tan alarmante es nuestro estado en el Festín?

—Deposito nuestra esperanza en Usachar y el hermano Dathan. Usachar es un látigo de escuadra y un veterano. Dathan es joven pero rápido, y tiene talento con la espada.

—Entonces aún hay esperanza —comentó Ezrachi.

—Usachar tendrá que luchar contra Knud Haegstad de los Iron Knights, y al joven Dathan le ha tocado el campeón de Pugh —informó Gideon—. Nunca es fácil cruzar espadas con aquellos que han sido elegidos para vestir la armadura de primarca, pero con los Imperial Fists defendiendo su título y celebrándose el Festín en un mundo conquistado por la Primera Compañía... no creo que tengamos ninguna oportunidad. Aunque ganaran, deberían enfrentarse primero a ese maldito Crimson Fist en la siguiente ronda. Es prácticamente imposible.

—Entonces —dijo Ezrachi dirigiéndose al capitán-corporus—, ha llegado el momento.

—Yo mismo entraría en la arena, pero solo por la desesperación que esta transmite a nuestros hermanos.

—Lo que convertiría tu decisión en algo mucho más fácil y justificable —insistió el apotecario—. No tienes otra opción. Da la orden. Déjame liberar al Azote.

—No haría eso ni por un centenar de mundos —gruñó Gideon—. Está afectado y nos ha condenado a todos. Dorn ha tenido a bien castigarle.

Por mí como si el Azote acaba pudriéndose ahí mismo. Es él quien debe soportar la Oscuridad y, por mi parte, no voy a ahorrarle ningún sufrimiento.

Estoy en un lugar... de oscuridad. Nunca había estado aquí, pero lo conozco muy bien. Mi mente, al igual que mi cuerpo, se encuentra invadida por una sobrecarga sensorial. Es algo que supera mi herencia genética, que sobrepasa los rigores del adoctrinamiento del capítulo y las suprahormonas que rugen por mis venas. Siento este momento más intenso, más vívido y agudo que ninguno de los que haya experimentado en otros tiempos. Cada molécula de mi ser está dedicada a ello. Como si los segundos hubiesen sido afilados como el filo de una navaja.

A pesar de la intensidad de esta experiencia, el mundo que me rodea es oscuro y borroso. Todo, desde las paredes hasta el suelo que hay bajo mis pies, está envuelto por una neblina periférica. Intento concentrarme, pero todo aquello sobre lo que poso mi mirada adquiere las propiedades de una sombra aulladora. La penumbra clamorosa se extiende como una mancha, tropezándose con todo lo demás y cubriéndome con un aura de sucio carbón.

Deambulo por esta pesadilla laberíntica, con el arma en la mano. Buscando. Salpicado de sangre que no es mía. Sabiendo que mis hermanos, tanto perdidos como verdaderos, discuten sobre mí. Hay disparos. Hay muerte. Puedo oír gritos lejanos de tormento. No consigo discernir las palabras, pero sé que son una mezcla de veneno y mente fría. Los zumbidos ardientes de las espadas llenan el aire, salpicados por el estrépito de las descargas. Me encuentro en un campo de batalla cubierto de humo. Abordando una nave enemiga. Reclamando basura herética. Portando cordura a un mundo demoníaco. Estoy en todas las batallas en las que he luchado, superpuestas unas con otras. La muerte y los enemigos se desdibujan. Los colores de la destrucción se corren y se emborronan hasta que todo lo que queda es negro.

Mis corazones palpitan al unísono. Estoy corriendo, asustado, pero no por mí.

El oscuro vacío que me envuelve me debilita el alma. La sangre corre por todo mi cuerpo. La batalla me llama. Tiemblo, no porque sienta pavor, sino por la expectación, por la ejecución inminente de mi herencia genética. Soy un guerrero hasta la última de las moléculas que componen

mi ser. Fui creado para matar por un motivo superior a mi vida, para servir al Padre de Todos con la espada, con el b6lter, e incluso con mi 6ltimo aliento y todos los que precedieron.

Siento en m6i los hermanos perdidos a cuya vida he puesto fin. Sus cuerpos derrumbados y corrompidos por la cruel destrucci3n con la que se hab6an comprometido: unos encima de otros, y yo sobre todos ellos. Los hermanos poderosos permanecen tendidos en el suelo, retorcidos y destrozados. Su carne divina est6 inm3vil. Fratricidio. El sonido de la batalla flota sobre sus cad6veres. Sus armas adornan el suelo cambiante, las m6as se unen a las suyas.

Un destino funesto y profundo me ha alcanzado. Un dolor tan agudo y una p6rdida que abrasa de tal modo mi existencia que rompe en pedazos mi alma. Como una terror6fica nova que estalla a trav6s de la historia, tanto gal6ctica como personal, la Oscuridad me encuentra. Por un momento, hay luz en la nada. El Emperador de la Humanidad est6 conmigo, aqu6i, en este lugar carente de esperanza. Su presencia y legado son un faro en la negrura. Abrasa solo con mirarlo, pero es imposible desviar la mirada. Me acerco a 6l como aquel que camina hacia su perdici3n. Inseguro, perplejo, infantil. El momento me abrumba y un torrente de l6grimas desciende por mis mejillas manchadas de sangre. Entonces, como una nova, breve, preciosa y triste mientras mengua en la distancia, el faro se esfuma. Caigo de rodillas y lloro desconsolado, pues ya no se puede hacer nada, no hay poder superior alguno al que pueda acudir.

La estrella ha desaparecido y la luz se ha marchado. En su lugar, el espacio muerto, cubierto por la onda expansiva venenosa que ha sobrevenido despu6s y que vibra a trav6s de los a6os. Lo 6nico que queda ya es la tristeza insondable del 6ngel hu6rfano. Mis corazones conocen su pesar inmortal. Rogal Dorn. La muerte de mi padre. Mi muerte a trav6s de la suya. Siento lo que 6l sinti3, parado junto al Emperador. Conozco el miedo y la miseria que 6l mismo acept3. Ese momento de duda y horrible posibilidad se vuelve infinito. Me colma de desesperaci3n. Me hundo profundamente en m6i mismo, y all6 encuentro una oscuridad mucho mayor. Un Imperio sin Emperador. Una humanidad sin padre. Una eternidad sin direcci3n. La Oscuridad de Dorn.

Lanzo a gritos mi desaf6o, como un ni6o reci6n arrancado del vientre. Caigo de rodillas. Una nueva ola de frialdad se aferra a m6i. Me estremezco.

Solo conozco el miedo y la furia en un cosmos vacío, desprovisto de respuestas.

Pero hay una figura, algo que no he visto antes. Ahora está, y ahora ya no. Una imagen con armadura que sale de la oscuridad y cuya silueta se recorta gloriosa contra el vacío. En contraposición al infierno circundante o al Emperador, eclipsada su presencia por su propio resplandor, la figura se centra de un modo desgarrador. Sus movimientos son lentos y deliberados, y, a medida que avanza hacia mí, aumenta su estatura y gesto amenazante.

¿Un aliado? ¿Un enemigo? No falta ni de lo uno ni de lo otro, muertos sobre los innumerables campos de batalla que me rodean. Permanezco arrodillado, como si ahora mis piernas formaran parte de todos ellos. Mi mente está apabullada por una tristeza que se supera a sí misma. Me siento. Observo. Me horrorizo.

Aquel resucitado se acerca. Su ardiente coraza es como la noche más oscura. Las dos botas de ceramita están envueltas por llamas espectrales. Miro cómo sus pasos incandescentes resquebrajan y quebrantan el metal de la cubierta que había bajo ellos. El fuego fantasmal ondula y se doblega alrededor de la figura, del mismo modo que uno muere en la hoguera. Este ser reduce el ritmo hasta detenerse de una forma espantosa y dirige su mirada hacia mi cuerpo arrodillado. Ante mí tengo un ángel de la muerte, un hermano del más allá. Libre de símbolos de cualquier capítulo, la armadura solo irradia recuerdos de ultratumba. Es una pesadilla raquídea de huesos y costillas, con un esqueleto colocado sobre la superficie de sus placas sagradas. Bajo ellas, el horror continúa. La placa facial de su casco está hecha añicos y le falta un pedazo de ceramita. El blancor radioactivo de un cráneo desprovisto de carne y piel me mira con lascivia. Capto el destello de un clavo de servicio. La negrura de una cuenca que arde con vida sobrenatural. Unos dientes perfectos que castañetean de un modo espantoso.

—¿Qué eres? —consigo preguntar, aunque necesito reunir todo lo que queda en mí para expresar dichas palabras.

No dice nada pero alarga una mano, revestida con un guantelete negro. La punta de un dedo huesudo sobresale de la ceramita quebrada. Observo cómo se desliza hacia mi cara invadido por el pánico. Esa cosa me toca. Y grito.

El capitán-corporus Gideon entró en el pasillo de piedra. Después de cerrar la barbacana tras él, el Excoriator apoyó sus anchos hombros sobre el frío metal de la puerta. Desde el otro lado, Gideon podía oír con nitidez el sonido metálico de las espadas que se elevaba desde el pozo y envolvía la solemne reunión de los oficiales Adeptus Astartes que permanecían en las galerías escalonadas.

El apotecario Ezrachi salió al largo y vacío pasillo. Se limpió la sangre de las manos con un trapo quirúrgico y se quedó mirando desde arriba al capitán-corporus, cuya cabeza estaba ladeada contra la puerta.

—¿Y Usachar?

—Hecho trizas —le dijo el apotecario. Su voz retumbó por todos los rincones de aquel pasillo subterráneo—. Cuando acabe con él tendrá más puntos de sutura que carne.

Gideon volvió la cabeza para colocar bien la oreja sobre la puerta de metal. El sonido de las espadas que entrechocaban había cesado. Estaban dando a conocer un mensaje sombrío. Aunque amortiguado por la puerta, para el capitán-corporus fue evidente que el hermano Dathan no había tenido éxito.

—Espérate a otro en la mesa de operaciones —comentó Gideon al apotecario. Se dio la vuelta para mirar al viejo Excoriator. Ezrachi le devolvió aquella mirada desalentadora mientras se frotaba las manchas rojas de las manos.

—Capitán-corporus...

—Lo sé —interrumpió Gideon, hundido y resignado—. No haría esto si no fuera por el deshonor que deberíamos soportar al retirarnos del Festín tan temprano y por la desventura que deberíamos llevar de vuelta a Eschara. Le prometí al señor Ichabod que conseguiríamos una victoria para elevar la moral del capítulo y ayudar a nuestros hermanos a sobrellevar estos tiempos oscuros. No puedo volver con los corazones y las manos vacías. Es muy probable que la noticia de nuestro fracaso acabara lo que comenzó la maldita Alpha Legion. Temo que esta decepción acabe con él, Ezrachi.

El apotecario sacudió la cabeza maltrecha.

—Quesiah Ichabod es el mejor Excoriator que jamás ha vivido. Aquellas víboras con armadura tuvieron suerte, puede que incluso nacieran con ella, pero ni siquiera ellas, con sus mentiras y sus trucos infernales,

puedieron arrebatárnoslo. Además, ahora está en Eschara con uno de nuestros mejores miembros: el apotecario jefe.

—No puedo mirar a los ojos de mi señor del capítulo y decirle que hice todo lo que estaba en mi mano por asegurar la victoria cuando, en realidad, no lo hice. —Gideon pareció tomar una rotunda decisión—. Ojalá no hubiésemos llegado a este punto. Nueve Excoriators han luchado por su capítulo en el Festín, aunque esta sagrada tarea le fue encomendada a diez. Solo Dorn sabe por qué el señor Ichabod insistió en incluirle, pero esa es la única opción que se me presenta. ¿Está capacitado el Azote para algo, por no hablar de luchar?

—Eso creo. Somos puros de corazón, pero no de sangre. Como parte de una antigua legión y ahora de un capítulo, no estamos solos en cuanto a la deficiencia genética. Los Wolves y los Angels, al igual que cualquier otro pariente de las fundaciones futuras, transmiten los defectos de su legado sanguíneo a las nuevas generaciones —explicó el apotecario de los Excoriators—. Cuando la Oscuridad alcanza a uno de los nuestros, puede que nos parezca una parálisis horrible: la mandíbula se afloja, las extremidades se estremecen, los ojos se oscurecen... Pero aquellos que sobreviven describen la experiencia como una verdadera pesadilla, como una vigilia durmiente en la que reviven el profundo dolor que sintió Dorn en su momento más difícil: la terrible pérdida de nuestro Padre Emperador, al menos tal y como lo conocimos. Esta es, al mismo tiempo, la bendición y la maldición genética de nuestro padre para sus hijos: conocer la posibilidad, aunque solo sea por un segundo, de un Imperio despojado de su Emperador; sentir lo que Dorn sintió, el profundo sufrimiento de un primarca; el miedo paralizante que experimentó incluso un ser tan grande como él, por él mismo y por la humanidad, frente al cuerpo destrozado del Emperador. Vivir la Oscuridad.

—Esos detalles carecen de significado para mí, apotecario —dijo Gideon—. Los Adeptus Astartes se crearon para la batalla. Solamente existen para vengar al Emperador y someter bajo el acero a los enemigos de la humanidad. Necesito guerreros, no soñadores. Sea cual sea la naturaleza real de esta desgracia, no es conveniente para uno de los nuestros. Si dependiese de mí, preferiría que mis hermanos pusieran fin a una existencia vegetativa así antes de verme vivir en un estado tan carente de sentido.

—Considerando que la Oscuridad puede acaecer sobre cualquiera de nosotros en cualquier momento, lo tendré en cuenta, capitán-corpus —prometió Ezrachi, curvando los labios de un modo inquietante—. Aunque no paremos de darle vueltas a estas cuestiones, deberías saber que el procedimiento que pretendo llevar a cabo no ha sido probado y puede que el hermano en cuestión no sobreviva al proceso.

—Sabiendo las calamidades que nos ha ocasionado a todos, dudo que eso vaya a quitarme el sueño.

—Eso suponía —comentó el apotecario—. Solo quiero advertirte de que este, a su vez, podría revelar la estrategia que tienes planeada para nuestros hermanos en la competición. Sabes bien que es muy probable que su sufrimiento fuera el causante de la pérdida del estandarte del capítulo, que no fuera su fracaso el causante de la Oscuridad.

—Y ¿eso qué me importa? —bufó Gideon—. Falló a su primarca. Falló a su señor del capítulo. Nos falló a todos. Lo único que me interesa de todo esto es darle uso a esas manos traidoras. ¿Qué vas a hacer y cuánto tiempo necesitas?

—El santiarca Balshazar tiene su propia forma de tratar con los afectados —contestó Ezrachi—. Es un tratamiento espiritual con el que aquellos que padecen la Oscuridad consiguen sobrevivir o no. Aunque respeto el significado simbólico de la práctica del santiarca y de los rituales propios del culto de nuestro capítulo, mi método es relativamente más directo. —El apotecario señaló un punto concreto en la nuca, justo donde, al estilo del capítulo, el ralo nacimiento de su pelo se encontraba con un cuero cabelludo rapado y cubierto de cicatrices—. El nodo catalepsiano se encuentra aquí, en la base del cráneo. Al tratarse del implante que se encarga de modificar los ritmos circadianos, es decir, de nuestros patrones de sueño y periodos de conciencia prolongados, es posible que un nodo disfuncional sea el responsable de la pérdida de control motor y, por tanto, de provocar la vivencia de una «verdadera pesadilla». Yo pretendo perforar el hueso e insertar una varilla hipodérmica en el cerebro. Luego lanzaré una descarga localizada al nodo catalepsiano. Con suerte, interrumpiré así la dolencia de la Oscuridad y restituiré la función natural del implante.

—Parece doloroso.

—Sin duda alguna lo es.

—Bien —dijo el capitán-corporal—. Cuando acabes con Usachar y Dathan, vuelve a la *Scarifica*. Los Ritos de Batalla que abrirán la siguiente ronda comenzarán en breve. El Festín no espera a nadie. Avisa si tu experimento tiene éxito. También necesitareé informar en caso de que nuestro hermano caído fracase una vez más.

—¿Cuál es tu definición de fracaso?

—Una muerte en vida o un fallecimiento de verdad —le explicó Gideon al apotecario mientras se marchaba—. Aunque no encuentro la diferencia entre ambas cuando se trata de Zachariah Kersh.

—¿Debo suponer que todo está listo?

—Sí, mi señor.

El apotecario Ezrachi bajó la rampa dando fuertes pisadas hasta llegar al compartimiento de carga de la fragata *Scarifica*, con su pierna emitiendo sonidos huecos contra el suelo de metal. Sus orificios nasales se ensancharon. Se encontraban en las entrañas de la nave. Él habría preferido un lugar algo más apropiado para realizar el procedimiento, pero su hermano Excoriator no podía soportar la presencia del Azote.

Habían quitado los cajones y contenedores pesados del centro del compartimiento para crear un espacio abierto. Allí descansaba un elegante féretro, un objeto que habían trasladado del sagrado reclusiam del santiarca Balshazar, enterrado a gran profundidad en la fortaleza-monasterio de los Excoriators en la lejana Eschara. Aquella caja, de adamantium batido y apagado, tenía las dimensiones propias de un sarcófago y contaba con elementos decorativos extravagantes a juego. El frontispicio ofrecía un altorrelieve del Emperador de Todos; a pesar de que el ataúd se mantenía de pie, le representaba postrado, mutilado y destrozado, tal y como acabó tras la confrontación con el cruel Horus. Aquella era la solución del santiarca Balshazar para enfrentar el mal de la Oscuridad. Una oscuridad propia. El más solitario de los confinamientos, donde ningún Excoriator que se respete a sí mismo necesitara confrontar su propia debilidad e invalidez.

A ambos lados de la cabeza del sarcófago había una pequeña celosía confesional. A la izquierda, los asistentes del apotecario de Ezrachi se mantenían ocupados, ataviados con ropajes marfileños adornados con la insignia de la hélice principal. En el lado contrario se encontraban los

sirvientes del propio Azote, con una apariencia completamente abatida. Desde que aconteció la desgracia de su señor habían sido también relegados al compartimiento de carga, durmiendo en literas y utilizando el baño en la penumbra, junto al féretro que retenía al caído Kersh.

Había tres en total. El viejo Enoch era el senescal del Azote. Permanecía sentado, lubricando la gran extensión galoneada de «la purga» y murmurando para sí imperceptiblemente. Era el custodio del látigo ceremonial y el supervisor de la piadosa mortificación de su señor. Oren, el hijo de Enoch, se dirigió a limpiar la zona circundante a los pies del sarcófago, donde un charco de residuos iba aumentando al filtrarse por la base del ataúd. Él era el lictor. Tenía el pecho fuerte y grueso, y los brazos abultados propios de un luchador ágil. Era su solemne deber administrar «la purga» con toda la devoción de la que fuera capaz. Su padre supervisaba el ritual con ojos esquivos, que ardían de decepción por el hecho de que su hijo no hubiese sido premiado con compatibilidad tisular para llevar una vida más allá de la simple humanidad. La hija mayor de Enoch, Bethesda, era la purificadora del Azote. Era una muchacha pequeña, demacrada y arisca, y se encargaba de las tareas rutinarias de lavar y vendar las heridas ceremoniales del Adeptus Astartes. Todos los Excoriators recibían la purificación a través de sus anchas y musculosas espaldas, pues era parte del ritual que ellos llamaban «Puesta del Manto de Dorn». Aparte de servir al Azote en los aspectos más básicos, los tres sirvientes debían encargarse (por orden del mismísimo Kersh por encima de todo) de denigrar su carne y purificar su debilidad para que pudiera alcanzar la comunión endórfica con el primarca.

Bethesda estaba leyéndole al Azote a través de la celosía confesional al otro lado del féretro, aunque no se sabía con certitud cuánto texto estaba Kersh oyendo realmente. Mientras estaban dominadas por la Oscuridad, las víctimas no podían hablar ni comunicarse. No podían alimentarse por sí mismas ni beber agua, y parecían ser inconscientes por completo de todo lo que ocurría a su alrededor. Cuando llegó el apotecario, los sirvientes de Kersh se levantaron o se volvieron para presentarse. Bethesda cerró el libro de golpe. Ezrachi pudo leer el título: *La arquitectura de la agonía*, de Demetrius Katafalque. Lo conocía muy bien. Un tratado sobre el sufrimiento piadoso escrito por el antiguo capitán y primer señor del capítulo de los Excoriators.

—Por favor, continúa —ordenó Ezrachi en voz baja—. Esto no va a ser agradable y desearía que nuestro convaleciente estuviera distraído sea como sea.

Bethesda reprendió la lectura.

—«... Durante los primeros años de Terra, en los que los guerreros de las naciones salvajes eran azotados para probar su hombría...».

—Hemos perforado el cráneo inferior, mi señor —informó uno de los ayudantes de Ezrachi, de pie junto al trípode trepanador como si fuera un operario en un torno.

—De acuerdo —dijo Ezrachi a sus asistentes—. Haced vuestro trabajo.

—«... Algunas órdenes monásticas posteriores de la Iglesia katholi utilizaban la flagelación como forma de peregrinación combativa...».

Kersh pareció impasible ante aquel espantoso procedimiento, retenido como estaba dentro del ataúd. El Azote guardaba silencio con inmensa quietud mientras el taladro se incrustaba en su cráneo y las palabras melosas de Bethesda llenaban el compartimiento de carga.

Desactivaron el taladro, y uno de los ayudantes presionó un émbolo de la célula de energía situada entre las piernas del trípode. El otro se colocó junto a una culata en suspensión y un mecanismo de desencadenamiento que colgaba bajo el taladro.

—Cargando. Alcance de seis megathules.

—«... del Viejo Centenar. El Geno Siete-Sesenta Espartocida combatió por el Emperador en las Guerras de Unificación y durante la Gran Cruzada, donde se consideraba que el honor de un oficial génico debía igualar el número de golpes sufridos por un soldado estereoengendrado, pues fracasar bajo su mando...».

—Lanzando varilla hipodérmica.

El aparato disparó, y un ruido sordo espeluznante reverberó por toda la cámara. Los ayudantes con túnica ajustaron el taladro.

—«... aunque adoptar una medida tecnológica para solucionar la autoimposición del sufrimiento es una práctica habitual a bordo de la grandiosa *Phalanx*, yo prefiero la práctica que lleva a cabo mi señor Dorn con mis hermanos Excoriators. En Inwit, el mundo adoptivo de nuestro primarca, los inviernos eran fríos, y el látigo caliente. Esta enseñanza se adoptó a lo largo y ancho del recién creado imperio de Dorn, y su práctica se fomentó gracias al mismísimo Progenitor como vía de comunión marcial y purificación para el alma...».

Estrujando la cara contra la lente micronocular que había sobre la culata, el ayudante consultó una pictocaptura antes de anunciar:

—Hemos alcanzado el nodo catalepsiano, apotecario.

—Y ¿a qué estáis esperando? —ladró Ezrachi—. Rezadle a Dorn y lanzad la descarga.

Un débil zumbido indicó la duración del tratamiento. Bethesda cerró el ejemplar de la gran obra Demetrius Katafalque, propiedad del Azote, y se levantó. La cámara quedó en silencio. Ezrachi comenzó a fruncir el ceño embargado por la decepción.

—Otra vez.

Los asistentes repitieron el proceso. Todos los allí presentes esperaron.

Entonces comenzó. Un sonido de furia remota, acumulándose dentro del ataúd. Un rugido agonizante que se oía por todas partes. La rabia de un gigante despierto.

—Quitad los sellos —ordenó Ezrachi a Oren y al viejo Enoch—. Abrid esta cosa.

El sarcófago empezó a sacudirse. Ezrachi frunció los labios agrietados por la edad. Tal vez el Azote estuviera experimentando una amplia variedad de ataques. Quizá el procedimiento había causado algún tipo de daño neuronal. O bien el guerrero solamente quería salir de su confinamiento.

—¡El taladro! —recordó el apotecario, que apremiaba a sus ayudantes para que comenzaran a retirar la varilla hipodérmica de manera simultánea y atornillaran de nuevo el pedazo de cráneo que habían trepanado.

Mientras la caja vibraba y el lamento furioso ascendía en un horripilante *crescendo*, la tapa del sarcófago se abrió de golpe. El silencio inundó el compartimiento una vez más. Las profundidades del féretro estaban en una penumbra pestilente. Los temblores del arcón fueron disminuyendo hasta detenerse. Se pudo oír la respiración pesada del Azote que provenía de dentro. Los ayudantes del apotecario trabajaron con frenesí para retirar el aparato mortífero. Con un gruñido lanzado entre dientes apretados, Zachariah Kersh sacó su enorme figura del interior del sarcófago.

Iba igual de desnudo que el día en el que fue iniciado, 552 años atrás, y salió tambaleándose al compartimiento de carga. Su barba estaba lacia y enmarañada, y su tonsura blanca había crecido y se había cubierto de plata. El Azote tenía un rostro que correspondía con su nombre, pues atormentaba a la vista tanto como atormentado estaba él mismo. Había

heredado la efigie adusta de lord Dorn, en cuyos ojos vivía una intensidad depredadora y una ardiente recriminación. Podría haber pasado perfectamente por Demetrius Katafalque, si es que los grabados se consideraban verídicos, excepto por una herida irregular que cruzaba la mejilla derecha, que había sanado hacía largo tiempo los tendones expuestos, parte de la mandíbula y la negrura de la boca.

Kersh no era tan alto como tantos de sus hermanos Excoriators, pero compensaba ese defecto con músculos ganados en la desesperación de la batalla en lugar de en los gimnasios del monasterio. Su carne era un lienzo grato para un primarca, cubierto de quemaduras y cicatrices, y extendido sobre un ancho marco dotado de edad y experiencia. Vaciló frente al complacido Ezrachi. Su físico semidivino le recordó al apotecario una estatua de la antigüedad terrana. El Azote había surgido con vida, cubierto con su propia mugre, pero libre de la Oscuridad y su maldición.

Bethesda acudió tras él con una mortaja color crema y la colocó sobre los abultados hombros y la espalda mutilada por los latigazos del Azote. La tela se empapó de inmediato con la sangre, el sudor y la inmundicia del Excoriator. Kersh resbaló a medias y cayó al suelo sobre sus rodillas, desde donde buscó apoyo y solo encontró a su flaca sierva. Se estabilizó tras posar su enorme mano sobre el estrecho hombro de la muchacha. Alargó la otra mano hasta la parte trasera de su cráneo, se quitó el pequeño pedazo de hueso perforado y la varilla hipodérmica, y arrojó el dispositivo contra el suelo del compartimiento, donde se estrelló contra el metal de la cubierta.

Ezrachi dudó por un momento, mientras en sus labios se formaba un saludo. Quería saber si el sujeto había sobrevivido al procedimiento con sus facultades intactas. El Azote se le adelantó.

—Aléjate de mi cráneo, apotecario —rugió Zachariah Kersh. Sus hombros se desplomaron de alivio entre el círculo de sirvientes del capítulo, y Ezrachi sonrió.

—De nada, hermano...

La purificadora del Azote cruzó la bodega de carga oscura y se adentró en los camarotes de los sirvientes con una cuba de agua pesada. No era tanto una cuba como una polvorienta arqueta de unguento utilizada por los techmarines para almacenar aceites y bendecirlos, listos para su uso

posterior en el enginarium. El escudo del Mechanicum colgaba sobre un pequeño altar dedicado a Omnissiah que el viejo Enoch había aprovechado como mostrador o tablero. El senescal iba desnudo hasta la cintura, con el pecho arrugado al descubierto, y había dispuesto un cuenco y una hoja de afeitar. Echó un vistazo a sus facciones demacradas y vacías, reflejadas sobre la sección de una pared de metal que había pedido limpiar y pulir a Bethesda hasta conseguir un reflejo apagado. La purificadora vertió agua fresca en el cuenco sin que su padre dijera nada. El senescal bañó la mano en una lata de aceite sacro y frotó la barbilla rasposa con el ungüento líquido. Entonces comenzó a usar la cuchilla de forma rítmica, rozando con ella su piel resbaladiza y curtida, y limpiando la hoja en el agua.

Bethesda dejó la cuba y pasó junto a su hermano Oren, que había volcado una de las literas de metal y la estaba usando para realizar flexiones. Los brazos carnosos del lictor elevaban su abultada figura sobre la cubierta del camarote. Con cada subida y bajada, Oren emitía un gruñido más propio de un puerco. Bethesda se arrodilló en la esquina de su litera y apiló una pequeña colección de latas de ungüento vacías. Poseía un surtido de cirios a medio usar, y comenzó a entretenerse con su orden y disposición.

—En nombre de Katafalque, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó Oren entre gemidos, pero Bethesda no respondió. Embelesada con su sencilla colección, intentó encender las velas con un pedernal. El musculoso lictor se detuvo y observó a su hermana—. He dicho que qué estás haciendo. Responde cuando te hablan, maldita sea.

Bethesda levantó la mirada, sonriendo para sí.

—Solo estoy encendiendo algunas velas.

—¿De dónde las has sacado?

—Las he intercambiado, con uno de los sirvientes del reclusiam —admitió la sierva.

—Condenación... ¿Para qué?

—Para tener objetos variados.

—Estúpida pazpuerca —soltó su hermano acercándose a ella con violencia—. Quiero decir que por qué.

—Por el Azote —contestó—. Para celebrar su liberación de la Oscuridad.

Esta vez fue el padre quien gruñó. Oren, enfadado, empotró una bota entre el arreglo de latas y velas.

—Aquí no, ni se te ocurra.

Bethesda fue a recoger las velas aplastadas y murmuró:

—Solo porque él es lo que tú no serás jamás.

—¿Qué es lo que has dicho? —gruñó Oren, con los ojos furibundos y las mejillas encendidas. Se le acercó más y ella se levantó, frágil pero desafiante. Bethesda se percató de que la cuchilla de su padre se había detenido. El viejo Enoch musitó algo. Oren se paró frente a ella, desaforado, con el pecho elevándose y descendiendo con la rabia mezquina propia de un familiar.

—Una vez —le contó entre dientes— quise, por encima de mi mísera existencia, convertirme en un ángel del Emperador. Deseé por encima de un centenar de míseras existencias convertirme en el guerrero que le sirviera con placer: el Azote. Un Excoriator sin igual. Pero ahora le conozco bien. Nuestro señor no es más que un falso profeta. Un ángel caído. Está tan hundido en la sangre de sus hermanos que puede que incluso los haya matado él mismo. Nos han castigado. La Oscuridad nos ha alcanzado a todos. Pero más vale que sepas, querida hermana, que si yo hubiese sido el Azote del capítulo, no habría entregado nuestro Stigmartyr con tanta facilidad.

Llegó una llamada desde la lejana bodega de carga. Un semidiós exigía asistencia. El viejo Enoch gruñó ante su incomprensible insistencia y Oren se alejó de su hermana, sosteniendo la mirada al mismo tiempo. Mientras el lictor salía del camarote, su padre arrojó agua sobre su rostro huraño antes de usar una toalla andrajosa para secarse. Se volvió y le lanzó a Bethesda una mirada agria. Le lanzó la toalla y susurró palabras de indignación antes de seguir a Oren, dejando tras de sí a la purificadora, a solas con las velas.